



Hugo Rodríguez-Alcalá



Veterano y recluta

El espejo le ofreció una imagen que lo defraudó. Esperaba verse transformado en alguien más maduro, más militar y severo y hasta con un aire de *veteranía*. La palabra, inventada por él, le parecía eufórica y hermosa. Ese aire veterano debía de dárselo el viejo y desteñido uniforme que un tío capitán, vuelto del frente un poco antes, le había regalado. El cuello de la guerrera estaba algo deshilachado allí donde el verde se había hecho casi blanco; las presillas -con «la estrella solitaria», él también había acuñado la frase para el discurso solemne de la graduación- no eran ya iguales a las que obtuvo de la Intendencia General de Guerra. No, las presillas que llevaba sobre los hombros no muy marciales, habían sido desdoradas, minuciosamente anticuadas por él, para que adquirieran una vetustez veterana. La gorra, con la visera deslustrada allí donde las venias dejan su huella y la mano derecha ejerce su presión en ciertas ceremonias militares, simulaba antigüedad, uso, servicio. Él también había arrugado, anticuado, la gorra poco antes nueva.

Pero la cara del flamante Teniente Segundo no tenía remedio. Era una cara de dieciocho años, demasiado adolescente, de cutis sonrosado y tercamente inmune a los soles bajo cuyos rayos tropicales se habían verificado las marchas y ejercicios de su entrenamiento. ¡Esa cara imberbe o casi imberbe donde el trazo escueto del bigotillo

exigía, para hacer visible y oscura su capilaridad [245] incipiente, la ayuda de un cosmético de su invención. El Teniente Segundo, aficionado a la pintura al óleo y a la acuarela, sabía mezclar colores...

-En fin, -pensó- el hábito no hace al monje. Ya soy oficial y debo serlo de verdad, cueste lo que cueste.

Se alejó unos pasos del espejo para verse de cuerpo entero. Las botas tampoco eran nuevas; las nuevas se las había cambiado al tío por las viejas y bien veteranas que el capitán había calzado en los cañadones del Chaco. La espada, la misma que ceñían los oficiales prusianos de la última guerra, se la había regalado la viuda de un jefe fallecido en la revolución del año 11. Su pantalón de montar, de corte impecable y, eso sí, bien planchado, había pertenecido al hermano mayor que hoy combatía en interminable batalla. Y, claro está, no era nuevo sino una excelente reliquia de veteranía...

El Teniente desenvainó la espada a medias y, con un sonrojo por nadie advertido, leyó en la hoja el mote heroico que, mentalmente, se prometió cumplir. Con los dedos enérgicos empujó los gavilanes hasta hacer desaparecer la hoja brillante en su recta vaina niquelada, y salió de su casa con rumbo al cuartel. Evitó un último vistazo hacia el espejo.

Él y otros oficiales de reserva recién graduados no marcharían en seguida al frente. El Director de la Escuela había decidido que los más brillantes de la última carnada formasen parte del personal docente de su plantel para que entrenaran a los reclutas - universitarios casi todos- que a su vez se convertirían en oficiales que llenarían [246] nuevos cuadros del Ejército en Campaña.

En el enorme patio de la Escuela vio más de un centenar de reclutas azorados por las vociferaciones de dos rudos sargentos encanecidos en el servicio. Él conocía bien a estos dos sargentos de carrera. Los había padecido durante largos meses de casi intolerables ejercicios y de continuas «salidas al terreno».

-Brutos -pensó-. Pero sin esos dos brutos no habría soldados...

Aquella misma noche sería él Capitán de Cuartel. A las ocho y media comenzó el recorrido obligatorio por los vastos patios y los corredores de gruesos y altísimos pilares. Había una luna grande en la mitad del cielo; una luna apenas azulina, cuyo rayo más vertical, si aquel rayo pudiera discernirse desde la fotosfera hasta la tierra, caería - pensó el Teniente- justamente en el centro del aljibe cuyo brocal ocupaba, a su vez, el centro mismo del patio de las paradas. Un resplandor fantasmal definía las murallas almenadas contra un azul lejano de estrellas dormidas. La luz lunar clareaba los corredores cuyos pilares enhiestos, como con rigidez militar, trazaban largas sombras sobre las baldosas enceradas. El gran edificio hasta hacía poco resonante de gritos y de pasos violentos parecía ahora abandonado en un silencio absoluto.

-Inspeccionaré todos los patios y cuadras -se dijo. Después iré al de la Sala de Guardia, después...

Los tacones de sus botas, sus espolines de plata, su espada prusiana colgante del tahalí suscitaban ruidos demasiado marciales que perturbaban la emoción de sentirse solo en tanto silencio y bajo [247] tanta luna. Sujetó la espada junto al muslo izquierdo, aminoró el taconeo excesivo. La imagen de una muchacha de vestidura vaporosa se insinuaba en la penumbra del corredor por el que se dirigía hacia una de las cuadras. ¿No lo estaban mirando ansiosamente unos anchos, húmedos ojos castaños? En las últimas noches de encierro militar lo asediaban estas alucinaciones: entreveía la imagen que parecía seguirlo silenciosamente tenaz; entreoía su propio nombre cerca, a veces muy cerca, y otras apagadamente desde lejanos rincones oscuros del edificio. Tanto él como ella se habían entendido con palabras vagas y silencios tímidos. Él estaba ya casi seguro de que cuando terminara la instrucción y partiese al fin para la guerra como los otros, como sus compañeros de ayer, como su hermano cuyas hazañas propalaban ahora los periódicos, ella lo esperaría, le guardaría la ausencia, y se escribirían. Ya tenía mentalmente escrita la primera carta; se veía a sí mismo bajo el cubre cabeza de una trinchera, a la luz de una vela, escribiendo...

En la Sala de Guardia, montado sobre una silla de baqueta, el sargento Mendoza apoyaba los recios brazos sobre el respaldo. El sargento Galarza, en otra silla igual, apenas podía mantenerse despierto.

-Parece que el pibe disfrazado de oficial, con espada y todo no se acuerda de que esta noche no debe dormir. Seguro cree que está en casa de su mamá -dijo Mendoza.

-No, amigo -bostezó Galarza-; el muchacho es bueno y cumplidor. Procura hacer bien las cosas... [248]

Mendoza tuvo una mueca de desdén. Su bigote gris de agudas guías verticales en el rostro moreno de retadores ojos verdes y su nariz aguileña y puntiaguda eran las de su difunto tío, el coronel. Se había criado en casa de este jefe cuyo prestigio militar lo enorgullecía. El Coronel, sin hijos, lo había adoptado: el sobrino haría la carrera del tío, entraría en la escuela militar como cadete y luego... ¡Si no hubiera muerto el Coronel el año 11 y caído en desgracia la familia!

-El coronel -masculló Mendoza- solía decir que un oficial se forja en años de disciplina de hierro, que no se puede amasar alfeñique y creer que ya está hecho un teniente.

-Hay excepciones, Mendoza. El muchacho nunca se quejaba como otros más forzudos. Al principio me hacía gracia su seriedad y su manera de mantener los ojos fijos; unos ojos con demasiadas pestañas junto a una nariz chiquita que, como sus ojos, parecían de mujer. Aprendió a no parpadear y llegó un tiempo que, de tan rígido, me hacía pensar en un maniquí vestido de verde, con un fusil al hombro.- Maniquí rosado -le dije un día cerca del oído y sin mucha malicia. Entonces sí, se le movieron los ojos y te aseguro que su mirada me hizo sonreír por fuera, por fuera no más. Entonces no era ni cabo nuestro Tenientito.

-Lo hubieran mandado enseguida al frente. Allá a lo mejor lo hacían hombre o lo devolvían antes de un mes con fiebre y colitis.

-La verdad que él me recordaba a Juancito, tu hijo; querías hacer de él un soldado. Él no era fuerte como éramos nosotros a su edad. Yo, severo con él por exigencia tuya, comprendí que había que dar tiempo al tiempo. Y quién sabe lo que hubiera pasado sin aquella desgracia tan grande... [249]

El Sargento Mendoza miró severamente a su viejo colega; iba a decir algo, le temblaban las guías del bigote cano, pero no dijo nada. Sacó del bolsillo de la guerrera un reloj de oro de tres tapas; antes de ver la hora, sus ojos entrecerrados contemplaron un instante una fotografía circular. Sobre unos bigotes de guías en punta, unos ojos parecidos a los suyos, le devolvieron la mirada.

En el centro de la Sala de Guardia había una mesa cuadrangular y sobre ella un tintero de vidrio, unos cuadernos y la gorra del Sargento Mendoza.

-¿Que hora es? -preguntó el Sargento Galarza, y advirtiendo la gorra junto al tintero volvió a preguntar antes de recibir la respuesta:

-¿No te la ponés? Estamos de guardia.

En ese instante se oyeron unas pisadas y un tintineo de espolines; la figura del Teniente se perfiló nítida a la luz de las lámparas colgantes del techo.

El Sargento Galarza se puso de pie e hizo la venia; era un recio profesional a quien veinte años de servicio habían automatizado para los gajes de la milicia. El Teniente ya iba a contestar el saludo cuando advirtió en un segundo de estupor que el Sargento Mendoza no se movía, que seguía montado en su silla, los brazos sobre el respaldo y en la cara oscura una sonrisa displicente en que brillaba un diente de oro. [250]

-¡Sargento, levántese y cuádrese! La orden estalló tan inesperadamente atronadora, tan inconcebible en quien la daba que, Galarza, que ya iba a bajar la mano de la visera, sobrecogido de sorpresa y aturdimiento, volvió a tocar con los dedos el cuero semicircular de la gorra.

En el largo corredor, en el vastísimo patio, la voz repercutió alarmante y dura. En el acto, un precipitado, un pesado rumor de pasos avanzó hacia la Sala de Guardia.

El Sargento Mendoza se irguió en la silla colérico y desafiante. Y ya el Teniente estaba sobre él, la mano derecha en la empuñadura de la espada y ésta a medio salir de la vaina reluciente:

-¡Dos números de guardia!

La Guardia, detenida ante la puerta, entró.

-¡Lleven a este individuo al calabozo y enciérrenlo allí con centinela de vista!

Dos largos fusiles, con la bayoneta calada, golpearon el piso con sus ferradas culatas. Pálido, desencajado y violento, Mendoza salió entre bayonetas de la sala. Minutos después, desde los fondos del cuartel se oyó un chirriar de cerrojos y en seguida el portazo característico seguido de un nuevo chirriar de cerrojos.

Brillaba ya alto el sol sobre el cuartel cuando el Teniente llegó a la puerta del calabozo. El carcelero y el centinela esperaban órdenes. [251]

-Abra -dijo el Teniente.- Y váyanse.

Cuando los pasos de los dos hombres se apagaron en la distancia soleada del corredor, el Teniente empujó la puerta y entró. A la luz que penetraba por el ventanuco de cuatro barrotes cruzados, se cuadraba, rígida, la figura del Sargento Mendoza, la mano derecha en la visera, la otra plegada al flanco izquierdo. Los ojos, toda la noche insomnes, del veterano miraban, inexpresivos, hacia adelante. La luz bruñía su perfil cobrizo y acentuaba lo insólitamente hirsuto de su bigote cuyas guías habían perdido su verticalidad de ordinario tan cuidada y compacta.

-Sargento Mendoza -preguntó con gravedad el oficial. ¿Cuánto tiempo hace que usted está en el ejército?

-Veinticuatro años, mi Teniente.

En la penumbra ahora más luz que sombra, el rostro del bigotito indeciso y del cutis imberbe ahora pálido manifestó una sorpresa apenada.

-¿Cómo es usted tan recluta, Sargento, que todavía no aprendió el reglamento militar y no sabe respetar al superior?

-Nunca es tarde para aprender, mi Teniente. Tengo más años en el servicio que usted de edad; pero usted ha sabido darme una lección que nunca he de olvidar. ¡Perdone usted!

-Bueno, abuelo, sonrió el Teniente entre irónico y amable y dándole una palmada casi cariñosa.

-Váyase a desayunar y a hacerse planchar bien el uniforme...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

